

desafiando con ello abiertamente al presidente Nixon), la táctica más elemental obliga a los republicanos a la intransigencia y a la aventura.

Los dirigentes de Hanoi no están dispuestos a permitir que Nixon se salga con la suya. Los visitantes que han regresado últimamente de Hanoi hablan de un país que se aferra más que nunca a su tierra, a sus objetivos, a su patriotismo intransigente. Hay quien precisa que en el gran debate que se inició el año pasado entre la «línea Le Duan» y la tendencia «Truong Chinh», entre partidarios de una negociación paciente y los de una vuelta a la «guerra prolongada», los últimos parecen triunfar sobre los primeros, sin que por ello haya sufrido el prestigio del primer secretario Le Duan: éste ha reconsiderado muy serenamente su posición, por más que no ha renunciado a su nuevo plan, optimista en general para el país, ya que dedica gran importancia a la producción de artículos de consumo.

En cuanto a los aspectos propia-

francesas al Vietnam que entablar una batalla terriblemente costosa. Las fuerzas de Giap han aumentado en estos veinticuatro años. Pero la estrategia de los fundadores de la República Democrática del Vietnam sigue basándose en la economía de medios. ¿Por qué oponerse, mediante una estrategia ofensiva, a la retirada de unas tropas adversarias?

El sueño gaullista

Además, tanto los dirigentes del Frente como los de Hanoi se interesan cada vez más por lo que ocurre en las ciudades del Sur, por el ascenso de esa «tercera fuerza» que han aprendido a estimar. ¿Qué significan si no esto las recientes declaraciones de uno de los dirigentes a que nos referimos: «Ha llegado la hora del gran encuentro entre los combatientes de los arrozales y los manifestantes de las ciudades, tra-

Los últimos discursos del Presidente Nixon sobre Vietnam son todavía más inquietantes que los bombardeos. Nixon parece dar a entender que los Estados Unidos intentan imponer un protectorado a Hanoi.



mente estratégicos de este combate, el discurso pronunciado el 22 de diciembre por el general Giap con ocasión de la creación del Ejército popular, resulta muy esclarecedor: en un discurso pronunciado en octubre ante los mandos del Ejército, el ministro de Defensa había reconocido los progresos realizados en el terreno de la «vietnamización» del Sur. En su última intervención, el héroe de Dien Bien Phu explica claramente algo que ya habíamos creído adivinar: que los progresos en la «vietnamización» se debían en gran medida a la equiescencia del Frente de Hanoi: ¿por qué obstaculizar, mediante el desencadenamiento de importantes operaciones, la retirada de las fuerzas americanas, hecho que redundará a la larga en beneficio del pueblo vietnamita? Al leer el texto del discurso, tuve la impresión de oír nuevamente a Vo Nguyen Giap explicarme, en marzo de 1946, por qué, en su opinión, valía más la pena aceptar la vuelta, limitada y provisional, de las tropas

bajadores, estudiantes, monjes, intelectuales, burgueses, progresistas? ¿Y cómo entender de otro modo las declaraciones hechas la semana pasada por Nguyen Van Hien, portavoz del Frente: «Lo que buscamos es una solución política sobre la base de las realidades políticas del Sur»? ¿O las manifestaciones que hizo a principios de diciembre, y ante las cámaras de la televisión francesa, la señora Binh, ministro de Asuntos Exteriores del G.R.P., y en las que insistió sobre la voluntad de sostener a un gobierno de paz y de dotar al futuro político del Sur de toda la flexibilidad posible?

¿Sigue siendo posible hoy el sueño que fue de la política indochina de De Gaulle, una solución situada entre la «desamericanización» y la «comunización» de la península indochina? No, si Richard Nixon desencadenase la tercera guerra del Vietnam a fin de conseguir votos de los electores de Wallace y de Ronald Reagan. ■ JEAN LA-COUTURE.

Balance de niveles

LA SOCIEDAD OPULENTA, ENTRE LA GUERRA Y EL PARO

El 15 de diciembre, a las 12,02 horas p. m. —según la matemática puntualización del Departamento de Comercio de los Estados Unidos—, el país ha llegado a su primer trillón de dólares de Producto Nacional Bruto. Se ha pasado, pues, de los 932 billion (932.000 millones de dólares) de 1969 a una nueva unidad que requeriría ya mecanismos distintos. Como dice Jacques Monod, que debieran inventarse un día las ecuaciones diferenciales para formular las leyes de la cinética, es decir, como un medio para definir el ambio en términos de lo que permanece inalterable.

Es cierto que no se ha procedido, previamente, a la deflatación y, por tanto, que la enorme cifra se remite a datos cargados todavía de la curva inflacionaria. Pero es de recordar, no obstante, que los seis países del Mercado Común Europeo —primera potencia exportadora del mundo— habrán llegado en 1970 a un P. N. B. de unos 475.000 millones de dólares. Casi la mitad que el P. N. B. americano en 1969.

Sin embargo, algunos elementos, como testimonios del fuego, desvelan la conciencia. En suma, todo ello acontece cuando un millón de soldados americanos —1.001.600 para ser tan meticulosos como el Departamento de Comercio a las 12,02 horas del día 15— guardan el colosal imperio fuera de las fronteras; cuando casi el 10 por ciento de los empleos americanos dependen de la industria de guerra y el 80 por 100 de todos los programas universitarios y civiles —lo que se llama «investigación y desarrollo»— arrancan de los programas militares.

Es relevante, a su vez, que la inflación esté detrás del gran edificio. Los precios se doblaron entre 1941 y 1961. Y aumentaron un 30 por ciento entre 1961 y 1968.

Es significativo que los primeros 100 billion (100.000 millones de dólares) de Producto Nacional Bruto los conquistaran los Estados Unidos en 1929. Pero después vino la Gran Depresión, los años negros de la crisis económica. En 1941 se remontó la marea anterior y se volvió a tomar la cota de nuevo de los 100.000 millones de dólares. Es que las cosas comenzaban a ir mucho mejor: se armaba a las demás naciones y se preparaba para la guerra la propia Norteamérica.

Esto vendría a señalar que la Depresión y la Guerra constituyen, con la Inflación, las tres espaldas dorsales, si se me permite decirlo así, de la primera economía capitalista del mundo, hoy la primera sociedad posindustrial de la Tierra. Si la economía tuviera su «psicología de las profundidades», como las teorías de Freud, algo gravemente preocupador emergería del subconsciente.

Los precios son ahora un 50 por 100 más altos que en 1950. Pese a la inflación, la economía americana se ajusta, no obstante, a un elevado límite de paro: el 5,8 por 100 de su población laboral activa, o lo que es lo mismo: 4.500.000 obreros y empleados. Pero Milton Friedman mantiene la hipótesis de que para luchar contra la inflación —es su consejo a Nixon— hay que dejar crecer el paro. Una gran masa social eliminada del consumo. Es simple. Nada que suponga un remedio estructural profundo. A las tres columnas históricas —Depresión, Guerra, Inflación— hay que añadir ahora el Paro. El resultado es la Prosperidad, la Opulencia.

Alrededor de 12,7 millones de americanos están sometidos a las disposiciones de la Asistencia Social. Ello significa, en lo real, la marginalización social, el estado de acto oficial de pobreza, de unos treinta y seis millones de personas, incluidos los miembros de la familia. En Nueva York, tejado espacial de Wall Street, la Asistencia Social llega a dos millones de personas. Da una idea de las dimensiones.

Una considerable sociedad marginalizada revive en los «ghettos», en el paro y en unas condiciones infrahumanas de existencia —en aquel contexto, bien entendido, que se acerca a los 5.000 dólares por habitante y año—; niveles cercanos a los de la Depresión, pero siempre y cuando se considere, del otro lado, la infinita Opulencia del resto. No se sabe cuál es más dramático, pero parece justo pensar que nada hay más lejos de la racionalidad que un sistema que fabrica consigo, como formas naturales de existencia, medidas tan agresivas, violentas y dispares de vida nacional e internacional. Formas también de autodestrucción y un modelo de desarrollo que hace posible, con sus casi 80.000 millones de dólares de presupuesto militar, la planeación de las grandes Corporaciones. La super riqueza tiene así, como la paranoia, una dimensión dramática.

ENRIQUE RUIZ GARCIA